

## TAIMA-TAIMA. A LATE PLEISTOCENE PALEO-INDIAN KILL SITE IN NORTHERNMOST SOUTH AMERICA

Final Reports of 1976 excavations. Edited by Claudio Ochsenuis and Ruth Gruhn.  
South American Quaternary Documentation Program. Germany.

Desde el año de 1956 el arqueólogo J. M. Cruxent inició estudios arqueológicos tendientes a ubicar yacimientos paleoindígenas en las inmediaciones de la ciudad de Coro. "En el valle del río Pedregal, en un área de unos 1.000 kilómetros cuadrados, Cruxent localizó más de 45 sitios y ha colectado unos 20.000 artefactos" (Rouse y Cruxent 1966: 35). La región en donde se encuentran los principales yacimientos se conoce con el nombre de El Jobo. Más tarde, en 1959-1960, Cruxent excavó el sitio de Muaco, al este de la desembocadura del río Pedregal, descubierto en 1952 por Royo y Gómez (1960: 154-155). Allí se obtuvo una primera fecha, sobre placas de *Gliptodon*, que arrojó una edad de  $16.375 \pm 400$  A.P. para la serie joboide (Rouse y Cruxent 1966: 191; Royo y Gómez 1960: 157). En 1962, Cruxent descubrió el sitio de Taima-taima, cerca de dos kilómetros al este de Muaco. Por la zona pasa la Quebrada Guadalupe, en cuya cuenca son comunes manantiales ascendentes que poseen agua permanentemente; por ello, el sitio de Taima-taima fue bautizado inicialmente con el nombre de *Los pozos de Royo y Gómez*. Las primeras excavaciones en Taima-taima fueron realizadas entre 1962 y 1967 por Cruxent, quien culminó los trabajos en 1970, excavando cerca de 150 m<sup>2</sup>. En 1969, el mismo investigador localizó en los alrededores un nuevo sitio, libre de las posibles alteraciones de las fuentes ascendentes, conocido como Cucuruchú, en donde excavó un área superior a los 100 m<sup>2</sup>. Desde los primeros trabajos en la zona, Cruxent empezó a publicar noticias sobre los hallazgos, las cuales generaron una intensa discusión (Cruxent 1967; Lynch 1974: 362-364), ampliada con dos artículos de Bryan en 1973 y 1975. Así, en 1976, se reiniciaron trabajos tendientes a continuar las excavaciones que durante la década del sesenta había adelantado Cruxent en Taima-taima. En esa temporada de campo participó una excelente nómina de investigadores, compuesta por Alan Bryan, Rodolfo Casamiquela, José M. Cruxent, Ruth

Gruhn y Claudio Ochsenuis, quienes publicaron un avance en *Science*, en 1978 (v. Bryan y otros 1978). El informe final, motivo de esta nota, estuvo preparado en 1979. Sin embargo, por incumplimiento de una de las partes comprometidas en la publicación, la Universidad Francisco Miranda de Coro, sólo hasta hace unos pocos meses pudo ser editado en Alemania. Ya en 1984, Gruhn y Bryan habían hecho una pequeña pero ilustrativa publicación (Gruhn y Bryan 1984) que, junto con la de 1978, aclaraba algunos problemas, pero dejaba vacíos preocupantes en varios aspectos. Por ello, la publicación de este libro ha sido recibida con gran entusiasmo y expectativa.

Gran parte de la importancia del libro radica en la importancia del sitio para la comprensión de los procesos tempranos de poblamiento de América del Sur y, en general, para la historia más temprana de toda América. Los problemas discutidos en torno a los yacimientos venezolanos de El Jobo pueden agruparse en dos categorías: la primera, se relaciona con cuestionamientos sobre la validez de algunas asociaciones, el fechamiento incorrecto de los conjuntos, la dudosa factura humana de algunos litos y, en fin, con problemas técnicos y metodológicos de los sitios mismos; la segunda tiene que ver con la significación de un sitio de matanza sin puntas de proyectil clovisoides en el panorama paleo-americano, en el que parece que los modelos construidos para explicar el poblamiento primitivo y la forma de vida de los primeros hombres de América, no tienen sino una aplicabilidad restringida a pequeñas áreas y cada vez son más difíciles las generalizaciones (v. Bryan 1985: 9-11).

Las críticas a las fechas consideradas por Cruxent para la Serie Joboide, en el área del río Pedregal, se basaron principalmente en que la edad de cada uno de los conjuntos de terrazas podría indicar la época más antigua que fuera posible asignar a los artefactos depositados en ellas, pero nunca tomarse como fecha de los restos

arqueológicos mismos. Ante la disponibilidad de sitios estratificados y un buen número de fechas de C-14, los argumentos se desviaron hacia el alto riesgo de contaminación y alteración que significaban los canales de flujo de los manantiales ascendentes. En el libro los autores no pierden tiempo en discutir otros sitios difíciles de sustentar por la fragilidad de las evidencias, sino que se concretan en Taima-taima y, aquí, los capítulos sobre estratigrafía —escrito por Alan Bryan— y fechas de radiocarbón —de Bryan y Gruhn— son concretos, muy claros y pródigos en explicaciones que no permiten dudas sobre la interpretación cronológica del yacimiento. A la vez, el capítulo de Bryan ofrece detallada y precisa información sobre el contenido de cada unidad estratigráfica y la distribución espacial de elementos claves para la interpretación posterior. De un total de 27 fechas de radiocarbón disponibles para Taima-taima, solamente tres aparecen estadísticamente discordantes, aunque sus diferencias no alteran significativamente los resultados (USGS-247, UCLA-2133, IVIC-672). Con máxima precaución, los autores las colocan en un lugar reservado para no arriesgar la consistencia de la cronología. Como Bryan y Gruhn lo manifiestan (p. 53), Taima-taima es uno de los sitios de matanza de megafauna mejor fechado en América. La edad de la Unidad I, que contiene la evidencia clara de actividad humana, está entre 14.000 y 12.500 años antes del presente. Hoy estas fechas ya no son tan difícilmente recibidas como en el pasado, pues se conocen en Suramérica sitios de cacería de grandes animales en fechas muy cercanas, como Tibitó (Correal 1981), fechado en  $11.740 \pm 110$  A.P. y Monte Verde (Dillehay 1984a), con fechas entre 13.000 y 12.500 A.P., que se suman al conocido sitio de Tagua-Tagua, en Chile, con fechas alrededor de 11.000 A.P. Además, ya son reconocidos en Suramérica dos sitios con fechas alrededor de 32.000 años antes del presente: son ellos, el inobjetable yacimiento brasilero de Boqueirão de Pedra Furada, cuyo estadio más antiguo, fechado entre 32.000 y 25.000 A.P., está representado por más de 500 artefactos que comprenden *Choppers*, *chopping tools*, denticulados, buriles, lascas retocadas (Guidon y Delibrias 1986: 769), y Monte Verde, en Chile, donde ha sido obtenida una fecha de cerca de 33.000 A.P. para un estrato que tiene algunas piezas de madera, tres piedras de basalto modificadas por percusión y fragmentos de carbón (Dillehay 1984b: 11).

El estudio de los restos de fauna extinta encontrados en Taima-taima, hecho por Rodolfo Casamiquela, no se limita a la taxonomía sino que aborda consideraciones biológicas que permiten conocer la edad y el tamaño de los individuos. En la Unidad I, Casamiquela determina que la gran mayoría de huesos pertenecen al esqueleto desarticulado de un único mastodonte, de 67.5 cm. de longitud, un poco más de 2 metros de altura y una edad calculada entre 5-6 años (con una esperanza de vida aproximada entre 70-80 años), que podría proveer cuanto menos dos toneladas de carne y vísceras.

Aunque aparecen restos de mastodontes (*Stegomastodon* y *Haplomastodon*) en el estrato basal, los cuales corresponden a individuos no jóvenes, los autores son claros en considerar como única evidencia irrefutable de la intervención humana en la muerte y faenado de estos animales, la brindaba por el estrato medio (Unidad I). No obstante, algunos huesos de los viejos mastodontes fueron usados como yunques por los cazadores del individuo joven. El análisis estratigráfico indica que, en el momento en que el mastodonte fue asesinado, una delgada capa de arena cubría el pavimento de roca caliza, de manera que no existía ninguna posibilidad para que el animal estuviera enterrado en el fango, ni sus movimientos fueran difíciles, como se ha hecho tradicional creer.

El estudio de las marcas dejadas sobre algunos huesos por artefactos cortantes, permite suponer que la primera operación hecha sobre el cuerpo muerto de la presa fue la separación de la cabeza y las defensas, cortando por el cuello, dejando libre el acceso al interior del cuerpo. Ruth Gruhn, mezclando la evidencia encontrada en Taima-taima con datos conocidos de actuales grupos africanos cazadores de elefantes, dibuja en una preciosa página los episodios posibles que ocurrieron el día de la muerte del joven proboscideo, hace cerca de trece mil años. Es probable que las fuentes de agua fueran frecuentadas por muchos animales, varios de los cuales iban a morir allí. Los cazadores hirieron a su joven presa en un lugar distante, atacándola con jabalinas o lanzas con punta de piedra (en la cavidad púbica del animal fue encontrado un fragmento de una punta de proyectil de cuarcita, de las conocidas en los conjuntos líticos de El Jobo); el herido llegó hasta

los pozos de agua en donde se desplomó sobre su costado izquierdo. Gruhn narra cómo los pigmeos cortan en este momento la cola del muerto y la envían con un mensajero al campamento en señal de victoria; así pudo haber ocurrido entonces. Los carniceros desprendieron cabeza y cuello y los arrastraron lejos del agua, cortaron los miembros superiores y se dedicaron a extraer las vísceras y la carne, primero cortando desde dentro y después levantando costilla por costilla.

Ochsenius (pág. 93) se manifiesta en desacuerdo con la interpretación de Gruhn. En su artículo sobre paleoecología escribe que no cree que los animales fueran dirigidos a las fuentes de agua por los cazadores sino que, ambos, hombres y animales, fueron buscando agua, aunque al hombre lo guiara un doble propósito. Por su parte, Cruxent llama la atención sobre la existencia de mastodontes jóvenes y adultos en Muaco y Taima-taima, que habrían sido indiferentemente convertidos en comida por los cazadores. Al considerar el tamaño de las presas, le parece evidente que una punta de proyectil no era una suficiente arma por sí misma, por lo que los hombres solamente las utilizaron como armas auxiliares para herir al animal en partes vulnerables. Incluso —prosigue Cruxent— es posible que las puntas fueran envenenadas, cubriéndolas con el jugo de una Euphorbiaceae (llamada *guaritoto*) regional. Al animal herido y envenenado, se le remataba valiéndose de todos los medios posibles: lanzas de madera, mazos, palos y piedras. Este procedimiento explicaría la escasez de puntas de proyectil en algunos sitios de matanza. Luego Cruxent se refiere al problema, no resuelto satisfactoriamente, de la conservación de la carne para llevarla fresca a los asentamientos. Es difícil aceptar el uso de sal o cualquier otro método químico para "preparar" la carne en el lugar de la matanza, y la puesta de delgadas tiras de carne al sol, para secarla, la expone al ataque de insectos o gusanos diversos. Por eso Cruxent aboga por el ahumado y enceniendo como la manera posiblemente más usada para conservar la carne durante semanas. Bryan dedica unos párrafos al sitio de Manis, cerca de Sequim, para llamar la atención sobre la posibilidad que eventualmente los hombres del Pleistoceno fueran "carroñeros", lo que solucionaría problemas de interpretación en varios sitios de América, donde se infiere la presencia humana, pero no ha podido ser plenamente demostrada.

No obstante, parece lógico pensar que estos comedores de carroña solamente aparecieron cuando la ocasión lo permitió y no es posible imaginar un grupo que fundamentalmente su subsistencia en el azar de un muerto permanente su cerca del campamento base.

En la misma unidad estratigráfica correspondiente a la cacería del mastodonte, se encontraron huesos de *Enuus*, *Paracotherium*, *Glossotherium*, *Glyptodon* y otros. Sin embargo, no parece que estos otros animales hayan sido cazados por el hombre o, al menos, no se encuentran evidencias claras de que ello haya sido así. Un hecho interesante es que en el estrato de arena roja, inmediatamente superior, no hay restos de mastodontes: se encuentran *Equus*, *Macrauchenia*, *Glyptodon* y unos fragmentos de un milodónido y una tortuga, difíciles de precisar taxonómicamente. Cabe preguntar por el motivo de la ausencia de mastodontes en esta unidad, cuya fecha debe estar entre aproximadamente 11.000 y 10.000 A.P. Bryan plantea sin preámbulos su extinción en este tiempo (p. 49), mientras que Ochsenius expresa que la sugerencia de Bryan de la existencia de dos biofaces, distinguidas por la ausencia de mastodontes en la segunda, debe ser comprobada mediante una exploración más extensa, para que cobre significación regional, y sugiere que estos animales hayan migrado en esta época hacia regiones un poco más húmedas.

En ésta, como en varias de sus anteriores publicaciones, Ochsenius se dedica a demostrar la continuidad climática en la zona de Taima-taima desde el Pleistoceno. Partiendo del estudio de una extensa bibliografía sobre el área y de su propia experiencia de campo, ha aportado elementos que sustentan su hipótesis de una vegetación similar a la actual en la región que él ha denominado como Cinturón Árido Pericaribeño, que incluye la Península de Paraguaná, las Antillas Holandesas y la Península de la Guajira. En el libro (Pp. 91-103), toma uno a uno los géneros de megafauna representados en los depósitos de Taima-taima para concluir que ninguno de ellos indica un clima más húmedo en el área anteriormente. Igual ocurre con la evidencia botánica limitada, en el caso de Taima-taima, a material vegetal encontrado en abundancia en los estratos inferiores, gran parte del cual ha sido considerado como contenido gastro-intestinal del joven mastodonte descuarti-

zado en el lugar. Fragmentos de ramitas masticadas, semillas y espinas, permiten conocer algunas especies típicas de climas áridos, presentes aún en la región. Vale la pena preguntar por los estudios de polen de Ernesto Medina y Sigfried Steinhold, que refiere Royo y Gómez (1960: 155) como prueba de un clima algo húmedo y vegetación exuberante, y que nunca más fueron mencionados.

Cruxent escribió el capítulo sobre los artefactos de piedra y hueso en Taima-taima (Pp. 77-89). Comienza con dos párrafos sobre el alto valor de las ideas especulativas en la construcción de experimentos y teorías, subrayando la liberación de la capacidad imaginativa científica como la base fundamental de todo trabajo creativo. Los artefactos de piedra que describe Cruxent se agrupan en puntas de proyectil, artefactos de lasca y una categoría que él designa como "artefactos de ocasión" (tools of expediency). Sólo dos, de los cuatro fragmentos de puntas de proyectil mencionados, proceden de la excavación, ambos hallados en la cavidad pélvica de dos mastodontes excavados en diferentes temporadas de campo (1974, 1976), lo que puede sugerir un especial método de cacería de estos animales. Cruxent analiza los ejemplares reconstruyendo hipotéticamente las partes faltantes, sobre la base de su conocimiento de muchos objetos similares completos, y los clasifica dentro del tipo Joboide de forma lanceolada, sin pedúnculo y tallados sobre una lasca con trabajo bifacial y retoques por presión. Algunos de estos implementos son cuchillos o instrumentos multifuncionales, diferenciados de las puntas por la acentuación del retoque sobre uno de sus bordes. De otra parte las puntas de proyectil de El Jobo presentan cierta diversidad con respecto a la categoría tipo, lo que no solamente puede responder al talento inventivo individual, como lo sugiere Cruxent, sino que podría explicarse, eventualmente, como desarrollos estilísticos que contribuirían al aclaramiento de las cronologías internas. Únicamente dos lascas, de las tres descritas, proceden de la excavación, asociadas con huesos de megafauna. Su función principal parece haber sido el corte de carne, aunque el autor plantea que el ejemplar encontrado en la superficie parece más útil para la manufactura de implementos de madera o canastos, o para el corte de cuerdas y tendones. La categoría final de artefactos de Taima-taima, considerados por Cru-

xent, es denominada por él como "artefactos de ocasión" (la traducción es mía. Prefiero esta denominación a la de "artefactos de fortuna", empleada alguna vez para los *tools of expediency* de Cruxent). Catorce objetos considerados son divididos en seis categorías que incluyen un raspador, un yunque y cuatro grupos más, extrañamente clasificados por las características del mango; se entiende que son artefactos amorfos, difícilmente organizables en tipos claramente definidos pero se desprende de las descripciones que se habrían podido agrupar por su función dando, de paso, claridad sobre su uso variado. Cabe recordar la afirmación del autor que se está tratando con un complejo cultural en el que formas y tecnología especializadas son ausentes. De otra parte, el estudio de los artefactos se dificulta aún más por la acción erosiva del agua ascendente. Los artefactos de hueso descritos por Cruxent son seis, uno de ellos es un yunque y los otros aparentemente se utilizaron para desprender carne de los huesos, o para las labores de desollado de las presas, mucho más que para cortar carne. Sin embargo, en muchos huesos aparecen arañazos y marcas producidas por su utilización eventual y varias astillas poseen bordes cortantes que, aunque no es claramente comprobable, pudieron haber servido como cuchillos, buriles o trozadores. Del análisis de los instrumentos de piedra y hueso, Cruxent concluye que el conjunto de artefactos de Taima-taima está constituido por formas diversas, circunstanciales y atípicas, lo que lo lleva al convencimiento que no es posible esperar encontrar, en un sitio de matanza, un utillaje cuidadoso y delicado como el que podría aparecer en un sitio de vivienda. Aun cuando las descripciones de Cruxent son muy completas, es lamentable que no aparezcan ilustraciones de los artefactos ni cuadros estadísticos que ilustren la distribución de los implementos en la excavación y la comparación porcentual de los tipos entre sí. La ausencia de información visual precisa es uno de los motivos de confusiones y estériles discusiones, que serían fácilmente decididas con dos láminas y dos figuras. Algunas ilustraciones de artefactos fueron publicados por Cruxent en 1967, pero las nuevas excavaciones y clasificaciones hacían necesaria una nueva ilustración.

Uno de los hechos de mayor interés en Taima-taima es la presencia de los fragmentos de

puntas de proyectil joboides dentro del toско conjunto de artefactos estrechamente asociados con los animales consumidos. Recientemente, J. R. Oliver (com. pers.) ha encontrado varios ejemplares de puntas acanaladas que tipológicamente se relacionan con las conocidas del Lago Madden (Panamá), el Inga (Ecuador) y un ejemplar descrito del Golfo de Urabá (Colombia). La mayoría de los hallazgos, superficiales, se hizo un poco más al norte de Taima-taima, en el sitio El Cayude, al sur de la Península de Paraguaná, pero un ejemplar procede del Valle del río Pedregal. El descubrimiento de Oliver, afianza la interpretación que, en uno de los capítulos finales del libro, hace Bryan. El considera que si bien los cazadores Clovis y El Jobo fueron fabricantes de puntas de proyectil bifaciales, sin embargo las diferencias de morfología y materiales abogan por dos "modelos mentales" distintos; las fechas de uno y otro, podrían indicar que se sucedieron en el tiempo. Bryan acepta tentativamente la expansión de las puntas acanaladas clovisoides atravesando América Central, pero plantea que sus portadores, al llegar a Venezuela, se encontraron con otras gentes muy bien establecidas en América del Sur. Más allá de la significación cronológica de los trabajos en Taima-taima —que lleva a suponer una mayor antigüedad para la entrada del hombre a Norteamérica— las evidencias indican la existencia de una marcada diversidad cultural en el norte de

Suramérica al finalizar el Pleistoceno, surgidas de un lento proceso de colonización y la posterior adaptación a medioambientes variados, capaces de sostener significativas poblaciones humanas por largos periodos de tiempo, suficientes para que los procesos de diversificación apartaran considerablemente grupos con un tronco ancestral común.

La publicación del libro de Taima-taima no sólo aclara aspectos hasta ahora discutibles del sitio mismo, sino que al hacerlo amplía el panorama sobre la vida de los pobladores más antiguos de América, las características de esas ocupaciones y la antigüedad del poblamiento. La precisión de la antigüedad va más allá de un simple chauvinismo continental y del deseo competitivo de muchos especialistas por la paternidad del más antiguo descubrimiento; es indispensable para establecer las características geográficas y ecológicas en las cuales vivió el hombre y se desarrolló la cultura, base fundamental para la comprensión de los más viejos procesos históricos de América, por una parte, y del desarrollo y complejidad del espíritu humano, por la otra. Enhorabuena por los autores y los editores de este volumen que llena un vacío y abre mil perspectivas.

GERARDO I. ARDILA C.  
Profesor Universidad Nacional

